

conciliarlas con las de Jesu-Christo. A. Puesto que oponeis siempre una terca resistencia á todo quanto nos ha parecido conveniente deciros para obligaros á someteros á las órdenes de los Emperadores, es necesario que sirvais de exemplo á todos los Christianos, y que el género de vuestra muerte contenga en su deber á los que no están, como vosotros lo estais, cansados de vivir.

Y así, despues que el Gobernador hizo padecer al Santo Obispo varios tormentos, mandó le atasen al cuello una rueda de molino, con la qual fue precipitado al rio que pasa por Sabaria. Viósele, no obstante aquel gran peso, por mucho tiempo sobre las aguas, hablando al pueblo, que iba por la orilla del rio, y exhortándole á permanecer fiel en Dios, sin apartarse de él por el temor de semejante suplicio. Pero en fin, habiendo pedido á Dios fuese sumergido, al punto se fue á fondo. Su cuerpo fue hallado un poco mas abaxo del lugar en donde se había hundido. Sacáronle del agua, y se edificó una capilla en la orilla. Ahora reposa en una Iglesia cerca de una de las puertas de la Ciudad (1), adonde concurre cada año un gran número de pueblo.

(1) La Puerta de Escarabancia.

ACTAS
DE S. PEDRO BALSAMO (1).

Sacadas de diversas ediciones, cotejadas con siete Manuscritos; á saber, dos de S. German de los Prados; uno de S. Cornelio de Compiègne; uno de la Biblioteca de M. Colbert; uno de Ocamp; uno de S. Mariano de Auxerre; y uno de los Celestinos de París.

Cerca del año de Jesu-Christo 311, en el imperio de Maximino, y de Galerio.

Pedro Bálamo, originario de las inmediaciones de Eleuterópolis (2), habiendo sido preso durante la persecucion en la Ciudad de Aulane (3), fue presentado á Severo, Gobernador de la Provincia, quien le hizo estas preguntas: ¿Cómo te llamas? P. Me llamo Bálamo, del nombre de mi padre, y he recibido en el bautismo el de Pedro. S. ¿De qué país, y de qué familia eres? P. Yo soy Christiano. S. ¿Qué empleo tienes? P. ¿Puedo tener yo otro mas honorífico que el que acabo de decir? ¿Se puede hacer cosa mejor en el mundo que ser Christiano? S. ¿Tienes padre, y madre? P. Ni tengo padre, ni madre. S. Tú no dices la verdad; porque yo sé por muy buena parte que tienes uno, y otro. P.

(1) El dia 3 de Enero. (2) Ciudad de Palestina. (3) Ciudad de Samaría.

P. El Evangelio quiere que quando seamos citados para dar razon de nuestra Fé, renunciemos todas las cosas. S. ¿Eres sabedor de cierto decreto de los Emperadores? P. Yo solo sé de los decretos de mi Dios, que es el verdadero, y el soberano Monarca del mundo. S. Pues pongo en tu noticia que hay un edicto de nuestros muy clementes Emperadores, el qual contiene que todos los Christianos sacrifiquen á los Dioses; ó si no, que sean castigados de muerte. P. Tambien habeis de tener entendido que hay un precepto del gran Rey eterno, en que se dice que si alguno sacrifica á los demonios, será exterminado. ¿A cuál de los dos me aconsejais que obedezca, y cuál os parece que debo elegir; ó morir á vuestras manos, ó caer en las del gran Rey, el Dios verdadero, para ser eternamente infeliz? S. Pues me pides mi consejo, te diré que debes obedecer á los edictos. P. Yo no puedo resolverme á dar incienso á unos Dioses de madera, y de piedra, como son los que adorais. S. Tú nos ofendes, y no sabes que puedo yo vengar esta injuria con tu muerte. P. Yo no he tenido intencion de ofenderos: solamente os digo lo que está escrito en la Ley divina. Los Idolos de las naciones, dice (1), no son sino de oro, y de plata, y obra de la mano de los hombres. Ellos tienen boca, ojos, narices, manos, y pies; y no pueden ni hablar, ni ver, ni sentir, ni tocar, ni andar. Y despues

El de Encoro. (2) Ciudad de Palestina. (3) Ciudad de Samaria.

(1) *Psalmo 113.*

dice, que los que hacen tales Dioses, se les vienen á hacer semejantes, como tambien los que ponen su confianza en ellos. Si el Espíritu Santo dice esto por su Profeta, ¿qué injuria os hago yo en expresar que sois semejantes á las piedras, y á los leños? ¿y no sería mejor el que yo debiera ofenderme de que me querais hacer semejante á vosotros? S. Ten compasion de tí mismo y sacrifica. P. Para tener una verdadera compasion de mí mismo, no es necesario que yo haga tal, ni que me aparte de la verdad. Pero por quanto no estais ilustrado con las luces de la Fé, y no dais crédito ni á mis palabras, ni á la Ley divina, que prohíbe tales sacrificios, haced lo que os está mandado. S. Quiero tener paciencia: doyte tiempo para mirarte bien, esto es, para que pienses en salvar tu vida. P. Esa dilacion es inutil: el tiempo no me hará mudar de parecer. Y así haz ahora lo que estarás obligado á hacer dentro de poco, y acaba la obra que el diablo tu padre tan felizmente ha comenzado; porque jamás executaré lo que quereis persuadirme. Jesu-Christo mi Señor, á quien adoro, no lo permita.

Visto esto, mandó el Gobernador suspenderlo en el ayre, y le habló de esta suerte: ¿Qué dices ahora, Pedro? ¿Comienzas á conocer lo que es el potro? Y pues, ¿sacrificarás ahora? P. Añadid todavía las uñas de hierro, y no me habéis mas de dar culto á vuestros demonios: ya os lo he dicho tantas veces, que no daré á otro incienso

si-

sino á mi Dios, por amor del qual sufro. El Gobernador hizo redoblar los tormentos; pero el Santo no despidió ni el menor suspiro; y solamente se le oían cantar estas palabras del Profeta: Una súplica tengo hecha al Señor (1), y se la haré siempre; que es habitar en su santa casa todos los días de mi vida. Y estas otras (2): ¿Qué le volveré al Señor por todos los beneficios que me ha hecho? Tomaré el caliz de la salud, é invocaré su nombre. Esta tranquila indiferencia que el Santo mostraba por los suplicios, irritó al Gobernador, y llamó á otros verdugos, que vinieron á reemplazar los primeros. Viendo los que estaban presentes que corría la sangre por el suelo, le gritaban: Ríndete, no te pierdas, sacrifica, y líbrate de esos horribles tormentos. Pero el Santo Martir les respondía: Llamais á estos tormentos? pues yo no siento el mas mínimo dolor; y sé que si falto á la fidelidad á mi Dios, debo esperar por entonces verdaderas penas, y tormentos inexplicables. G. Sacrifica, Pedro Balsamo, ó si no, á tí te pesará. P. Ni sacrificaré, ni me pesará. S. Pues voy á pronunciar la sentencia contra tí. P. Eso es lo que yo aguardo con impaciencia. Y así Severo la pronunció en estos términos: "Mandamos que Pedro Balsamo, por haberse resistido á obedecer á los edictos de los invencibles Emperadores, y mostrando un desprecio formal á sus órdenes, y defendido

(1) *Psalmo 26.* (2) *Psalmo 115.*

„ con terquedad la Ley del Crucificado, sea él „ puesto en una cruz." Y así este bienaventurado Atleta de Jesu-Christo tuvo el honor de espirar en el mismo suplicio que su Dios, y su Maestro.

MARTIRIO

DE S. LUCIANO,

PRESBITERO DE ANTIOQUIA (1).

Sacado de S. Juan Crisóstomo, tom. 1. Homil. 46.

Año de Jesu-Christo 312, en el imperio de Maxímimo.

Ayer, hermanos míos carísimos, fue bautizado el Señor en el agua (2): hoy lo es su siervo en la sangre. Ayer se abrieron las puertas del cielo en el bautismo de Jesu-Christo: hoy se cierran las del infierno en el martirio de Luciano. Ni os admiréis de oírme llamar martirio al bautismo. Eslo en efecto, puesto que el Espíritu Santo derrama en él con abundancia sus dones, los pecados son perdonados, y el alma es purificada de un modo enteramente extraordinario, y maravilloso. ¿Y no veis que del mismo modo que el agua lava, y limpia á los que reciben el bautismo, la sangre lava, y purifica á los que padecen el martirio? Esto es lo que sucedió al Santo cuya fiesta celebramos hoy. Pero antes de hablar de su

Tom. III. **H** glo-

(1) El día 7 de Enero. (2) Véanse las Notas.

glorioso fin, es necesario que os descubra los artificios que el demonio empleó contra él para procurar vencerle. Porque conociendo este espíritu de las tinieblas, que el Santo se burlaba de los tormentos que le hacian padecer; y que su constancia no pudo ser vencida ni por el fuego de un horno ardiendo, ni por el horror de un hediondo calabozo, ni por la vista de una rueda armada de navajas, ni quando fue elevado sobre el potro, ni quando se le echó á rodar en un hoyo profundo, ni quando los dientes de las bestias feroces le despedazaban: viéndole, digo, firme en todos estos trabajos, buscaba algun suplicio, que fuese al mismo tiempo doloroso, y largo; pues las penas que son muy violentas, quitan prontamente la vida, y no hacen sino debilitar: por el contrario, las que duran largo tiempo, acostumbran el cuerpo en algun modo al dolor, y lo hacen menos vivo, y menos cruel. Púsose, pues, á discurrir cómo inventaría uno, en que la prolixidad, la opresion, y el rigor se hallasen juntos, para que el alma del Martir, conturbada por la violencia del suplicio, acabase de ser abatida por su larga duracion, y perdiese todo el mérito de su constancia. Ved aquí, pues, cómo se portó. Expuso el Santo Presbítero á todo el rigor, y á todos los terribles efectos de la hambre. ¿Y es ese, me direis vosotros, aquel castigo tan cruel? Preguntádselo á los que lo han experimentado; y os dirán que de todas las muertes, es la mas terrible. Dexaron, pues, al Santo por mucho tiempo sin llevarle de

comer; y quando vieron que en un extremo tan grande no se rendía, le pusieron delante viandas, que habian sido sacrificadas á los Idolos. No se dudaba de ningun modo que la extrema necesidad en que se hallaba, y la facilidad que tenía de remediarla, le hiciesen por fin quebrantar todas sus resoluciones. Es cierto que la presencia real de los objetos, tiene una fuerza muy distinta sobre nuestros espíritus, que la simple imagen que de ellos nos formamos. Por admirable que haga la imaginacion la pintura de una muger hermosa, el corazon facilmente se defiende de esta idea; pero si está llega á mostrarse, y siempre se está viendo, el corazon no se puede defender sino debilmente. No obstante, salió el Santo Martir victorioso de un peligro tan urgente; y lo que el diablo creía ser propio para aterrarle, fue lo mismo que aumentó el valor, y le facilitó la victoria. Porque lexos de incitarle la vista de estos manjares, le sirvieron solamente para darle mas fuerte aversion. Pero aún aborrecía mucho mas á los Idolos, y á la idolatría. Porque así como la vista continua de un enemigo conserva, y fortifica en nosotros el odio que le tenemos; del mismo modo Luciano quanto mas ponía los ojos sobre aquellas ofrendas impuras, y sacrílegas, mas sentía aumentarse en él el disgusto, y el horror que tenía á ellas. Si la necesidad quería moverle, é instarle á poner la mano sobre aquellos prohibidos guisados, cerraba el oido á esta voz importuna, y la hacía callar; y no escu-

chando sino la voz de Dios, que le vedaba tocarlos, olvidaba su debilidad, y no sentía mas el hambre. Aquella manchada mesa, y aquel pan exécrable que allí veía, no servían sino de inflamarle mas el deseo de estar sentado á la mesa de Jesu-Christo, para poder comer de aquel pan celestial, con que el Espíritu Santo alimenta á los Fieles; y este pensamiento de tal manera lo sostenía, que protestaba estar pronto á padecer todos los tormentos imaginables, antes que tomar un solo bocado sobre aquella mesa de los demonios. Trahía tambien á su memoria la conducta de los tres jóvenes Hebreos, que en una edad delicada, hallándose cautivos en tierra extraña, sin asilo, y en medio de una nacion bárbara, exercieron una filosofia tan santa, y tan sublime, que su fidelidad en la observancia de su Ley los hace, aun el dia de hoy, la admiracion de toda la tierra. Estas varias reflexiones de nuestro Santo Presbítero le movian mas, y mas para estar firme en su propósito de permanecer fiel á su Dios, y Señor. Reíase de la ineficaz malicia del demonio: despreciaba sus astucias, y desconcertaba todas sus máquinas por una paciencia infatigable.

Viendo, pues, este enemigo declarado de los hombres, que con todos estos artificios nada adelantaba, y que no le podía entrar al Santo por ninguna parte, lo conduxo segunda vez al tribunal de los Jueces, y procuró cansarle con distintos interrogatorios que le hizo sufrir, é intentó ha-

-nado

c H

cer-

cerle ceder al rigor de los tormentos, que al final de cada interrogatorio pasaba. Pero el Martir á todas las preguntas que le hacian, no respondía otra cosa sino: Yo soy Christiano. ¿De qué país eres? Yo soy Christiano. ¿De qué profesion? Yo soy Christiano. ¿Y tu familia, y tus padres? Yo soy Christiano. Estas eran las únicas armas de que se valía para defenderse del demonio, para resistirle, y para vencerle de su parte. Y aunque á la eloqüencia de su país juntase las ciencias estrangeras, no le pareció que debía servirse de ellas en este caso: sabía muy bien que en semejante combate no es la oratoria la que alcanza el vencimiento, sino la Fé; y que el medio mas seguro para vencer, no es el saber hablar bien, sino el saber amar bien á Dios. Y así decía que esta sola palabra Christiano bastaba para ahuyentar á todo el infierno. Puede ser que alguno diga que esta respuesta del Martir no venía muy bien á todo lo que se le preguntaba; pero á mí me parece por el contrario; y si se exâmina, se hallará que no podía responder con mas prudencia, ni con mayor acierto, ni mas al caso. Porque en fin, el que dice: Yo soy Christiano, dice su país, su familia, sus antepasados, su empleo, y todo quanto él es. ¿Cómo es esto? Voy á explicarlo. Un Christiano propiamente no es de ningun país: no tiene patria sobre la tierra; pero es ciudadano de la Jerusalem celestial. Aquella es, como dice S. Pablo, nuestra madre (1).

Tom.III.

H 3

La

(1) Galat. 4. 26.

La vida de un Christiano no debe pasarse en el ejercicio de un oficio que no mira sino á la tierra; porque, como dice el mismo Apostol (1), todo nuestro comercio debe estar en el cielo. El Christiano no tiene otros padres, otros parientes, otros aliados, que á los Santos, y á los Ciudadanos de aquella Ciudad santa, como tambien lo dice el mismo Apostol (2): Vosotros sois con los Santos ciudadanos de una misma Ciudad, y criados de la misma casa de Dios. Y así Luciano respondió con acierto á todas las preguntas que le hicieron con esta palabra: Yo soy Christiano. En efecto, contenía una respuesta á todo lo que se le podía preguntar, quién era, de qué país era, quiénes eran sus abuelos, y qué profesaba. En fin, esta palabra fue la última que pronunció; y diciendo Yo soy Christiano, acabó su vida. (Fue degollado secretamente en la carcel por orden de Maximino, que no se atrevió, por causa del pueblo, á darle la muerte en sitio público, y acostumbrado).

(1) *Philip. 3. 20.* (2) *Ephes. 2. 19.*
 HO-

HOMILIA
 DE S. BASILIO EL GRANDE
 SOBRE
 S. BARLAAM MARTIR (1).

Tom. 1. Homil. 18. cotejada con muchos Manuscritos Griegos.

EN los primeros tiempos, hermanos míos, las lágrimas eran parte de los funerales que se hacían á los Santos. Josef regó con las suyas el cuerpo de su padre Jacob: los Judíos lloraron muchos días la muerte de Moisés; y todo Israel honró el sepulcro del Profeta Samuel con sus sentimientos, y llantos. Pero ahora las cosas se han mudado mucho; y despues de la muerte de Jesu-Christo ya no se ven derramar lágrimas en las exéquias de los Santos: la alegría brilla entre los cánticos festivos; y los Fieles que vienen á ellas en tropas, forman al rededor de sus sagrados monumentos diversos coros de música, y de danza. En efecto, la muerte no es sino un sueño para los justos; ó por mejor decir, un tránsito á otra mejor vida. ¿Y cómo se ha de mostrar tristeza en la muerte de los Mártires, si ellos mismos

H 4
 (1) No se sabe á punto fixo el año: solo consta que fue despues de la muerte de Galerio. El dia 19 de Noviembre. (1)